

S ubimos en pocos minutos un centenar de metros sobre el mar, por una pendiente abrupta que que le duraba al flamante convertible que Voltaire manejaba con divertida displicencia. Cruzamos un arco de enredadera y el paisaje de arena y roca se tomó un arbolado jardín de sombras irregulares, fresco, colgado de bagavillas y decenas de flores exóticas.

—¿Estas son las villas?— dije.
—No. Qué te pasa. Es la colonia de la colina.

—¿La colina de quién?— y me ganó la risa por el albur.

—Será la de mister Jim—dijo ella y también se rió.

Si eso era una "cabala", mi departamento en la Roma equivalía a un cuarto de azotea. Todo un bungalow con estancia, recámara, veranda, sala, comedor y un estudio bien equipado, con escritorio y demás.

—Aquí vivió el arquitecto de la colina.

—Ah, es la colina del arquitecto—quise prolongar el albur, pero ya se había gastado y Voltaire me puso cara de "no mames".

Luego de darme una rápida vuelta por la "cabala", me llevó a presentar con su vecino, que en ese momento se ocupaba del nido en su jardín. Al fondo, un caserón. Giré la cabeza y viendo las otras residencias me percaté que para la colonia el bungalow era a su

La quinta parte

HERMANN BELLINGHAUSEN

vez el cuarto de azotea. Más bien la "cabala" del portero. Voltaire me había prevenido:

—No te hables a mister Jim de política. Eres crítico de modas y vienes al desfile.

—¿Cuál desfile?—reaccioné, vidambulando el teatro que Voltaire tramaba.

—Va a haber uno en el resort de la bahía. Con modelos españolas y checas, para que no te quejes. Ya estamos invitados.

Mister Jim dejó en su mano izquierda la tenaza podadora que aplicaba con vigor de canicero a sus rosas rojas y amarillos encendidos. Puso la mano libre contra su pantalón y me la extendió con afabilidad extrema, del apretón me dejó adoloridos los cuatro dedos, y mostró la dentadura con una sonrisa tan amplia que casi le moeche las orejas. Apenas registró mi nombre. Me echó un vistazo y se soltó a informarme de que había rumores de una plaga en el pueblo, que afectaba los rosales. Ataca las ramas, las carcome. Pero la colonia tenía ya lista la guerra química marca Dupont. La mala higiene de allí abajo no pasaría. Alardeó su conocimiento floral y dijo además, pues su señora lo esperaba para un "refresco" (su

única palabra en castellano).

—¿Pa' mí que es o fue agente—comentó Voltaire—. Un derechista integral. Si le has dado chance, te cuenta con orgullo que votó por Ronald Reagan desde la primera vez, cuando llegó a gobernador de California. Y tu te repito lo que pienso del síndrome de Vietnam o de cómo se han amaronado los californianos. Sólo se salvan los Minuteman y su gobernador adorado. El resto son puros ainos.

De regreso al bungalow se preparó un trago, sacó del refrigerador una Heineken, disculpándose con un "es la única marca que tengo", y me condujo al estudio. El escritorio estaba plano, una mesa iluminada con superficie de vidrio blanco. De un sobre grande extrajo un montón de fotocopias de fichas y retratos, la mayoría ampliaciones de fotos caseras, hasta polaroid. La mayoría, campesinos. Entre los ocho y los 12 años. La mayoría, varones.

—Niños y muchachos van aparte. Son muchas más y su historia es otra. Estos chavitos desaparecieron de pueblos en la Huasteca, o en las sierras de Veracruz y Puebla, principalmente, pero también de Coa-

zuacoque, Tehuacán o de otros estados. De ninguno se sabe nada. Los primeros desaparecieron hace más de siete años.

—¿Quién te dio todo eso?

—Los americanos, tú qué crees. Ellos sí están investigando.

—¿Podrías ser un poco más precisa?

—Otro vecino, Duncan, me las consiguió en dos días. Trabajo rápido. Un tipo raro, rapado, budista, vivió cinco años en un monasterio de Myanmar. Aunque vive en la estratosfera, a su modo también habla de política todo el tiempo. Ese trae boleta, y no lo distimula.

—Pero si investigan en serio, ¿cómo es que no han encontrado a ninguno?

—¿Qué tal si sí y no lo han dicho? Han encontrado bastantes, pero no éstos. Que tienen mucho en común. No están en el país. Ni siquiera en Estados Unidos. Más bien en Asia. O en las islas. Las niñas van a Europa. Los niños no.

Le dije que no sacara conclusiones fantasiosas y dijo que okay, que de los varones era coronada, pero lo de las niñas era más firme: trata de blancas. Me extendió la impresión de una nota reciente de Alfredo Méndez, que ya conocía. Hablaba en particular de niños y niñas reclutados por Internet, pero daba cifras generales: "desgraciadas". Entre 2005 y 2006 se extraía-

ron 32 mil niños, según la policía. Pero la fundación Padres y Madres de Niños Perdidos considera que "en los pasados cinco años la cifra alcanza casi 500 mil, 100 mil de los cuales han sido encontrados". La

quinta parte. "La mayoría con fines de explotación sexual y pornografía infantil". Las cifras me parecieron exageradas, pero los casos específicos que me mostró Voltaire eran irrefutables.



La Jornada

presenta

LÍDERES DEL MANAGEMENT

Los Gurús del Management

15 tomos que mejorarán su presente y le garantizan un futuro de estabilidad y éxito empresarial

- Dirección
Estrategia corporativa
C. K. PRAHALAD

A sólo
\$79
tomo 4

todos los
LUNES
en puestos de periódicos
y librerías de La Jornada*

* Av. Cuauhtémoc 1236, Colonia Santa Cruz Atoyac
* Alvaro Obregón 106, Colonia Roma

